

V I C E N T E
UN GUERRERO ESPAÑOL

Luis Játiva García

ISBN 978-84-614-1059-0

Dep. Legal: AS-1046 / 2010 HiFer A. G. Impresor www.hifer.com

Registro de la Propiedad Intelectual

05-2008-299

0-237-2008

EL HOSPICIO

Por Antonio Machado

Es el hospicio, el viejo hospicio provinciano,
El caserón ruinoso de ennegrecidas tejas
De donde los vencejos anidan en verano
Y graznan en las noches de invierno las cornejas.
Con su frontón al norte, entre los dos torreones
De antigua fortaleza, el sórdido edificio
De agrietados muros y sucios paredones,
Es un rincón de sombra eterna. ¡El viejo hospicio!
Mientras el sol de enero su débil luz envía.
Su triste luz velada sobre los campos yermos,
A un ventanuco asoman, al declinar el día,
Algunos rostros pálidos, atónitos y enfermos,
A contemplar los montes azules de la sierra;
O de los cielos blancos, que como sobre una fosa
Caer la blanca nieve sobre la fría tierra,
¡sobre la tierra fría la nieve silenciosa!.....

PROLOGO:

En este relato, donde la realidad y la ficción se mezclan, he querido recordar a todos los “vicentes”, que por azares de la vida, se han visto envueltos en guerras, que poco tenían que ver con ellos.

Aunque los personajes de este relato son ficticios, la vida de Vicente esta basada en hechos reales.

CAPITULO I

Esta anocheciendo, el cielo de un gris plumizo, parece una lona sucia sobre nuestras cabezas. La lluvia no cesa, de los canalones caen borbotones de agua y desde los aleros de los tejados la lluvia se esparce como si fuera una regadera.

Hace frío y la humedad cala hasta los huesos. D. Juan va caminando hasta el hospicio donde trabaja. La calle es estrecha y esta empedrada, apenas si existe una acera por donde pasar.

Los coches al pasar sobre los charcos, son pequeños lagos donde las ruedas chapotean, le ponen perdido de agua sucia y maloliente. Sus zapatos chorrean, la vieja y ajada gabardina esta tan mojada, que en vez de proteger le cala el agua por todo el cuerpo. El paraguas, roto y desvencijado, apenas si le quita el agua de la cara.

En el escaparate de un establecimiento se mira, su aspecto es deprimente. A sus 44 años, la cabeza esta calva como una bola

de billar, el cuerpo delgado, endeble y de escasa estatura, da pena verlo.

Sigue caminando hasta llegar al portón del hospicio, apenas si ve, las gafas de miope las lleva en el bolsillo. Golpea con el aldabón y le abren. Es un antiguo caserón, en el casco antiguo y viejo de la ciudad. Al pasar el portón, hay una especie de patio empedrado con cantos rodados, lo atraviesa, enfrente, una gruesa puerta, de un color marrón oscuro, pintada cientos de veces, con una mirilla redonda, que parece las aspas de un ventilador, se abre, le recibe una señora, de una edad imposible de adivinar, lo mismo tiene 50 que 70 años.

-Buenas noches D. Juan. Le hemos llamado porque el amigo Vicente se ha empeñado en hablar con usted. El pobrecito esta muy mal.

-Esta bien María, no me importa venir, si sirve para algo, pero la verdad es que la noche está para quedarse en casa calentito, de Vicente poco se puede esperar.

D. Juan es un médico, que ahora, después de 20 años de ejercicio, ha decidido cambiar de vida. Hasta no hace mucho, solo le importaba prosperar, ser respetado y admirado, acumular títulos, parabienes, poseer una magnífica casa, con todo tipo de comodidades y alejarse de los problemas de los demás. No se ha casado, ni siquiera ha pensado en ello. Ha conocido algunas

mujeres, con las cuales mantuvo relaciones de amistad y de sexo, pero nunca hubo nada más.

El amor, el cariño, es algo que su espíritu no ha conocido.

Mientras camina por las oscuras callejas, su pensamiento viajaba a su niñez, donde sus padres y sus hermanos, vivían sus vidas alejadas unos de otros. Era el más pequeño de cuatro hermanos. Sus padres eran seres indiferentes a todo. La madre, achacosa y envejecida, apenas si hablaba con el padre, solo le interesaba los chismorreos de las vecinas y el único trato amable lo tenía con la criada, una señora tan mayor como ella, eran como dos cuerpos y una sola alma.

Su padre vivía para el trabajo, las partidas de cartas y el dominó con sus amigos. Por la mañana, muy temprano, marchaba al trabajo, llevaba la administración de unas fincas, al mediodía venía a casa a comer, nada más terminar marchaba para el trabajo y luego al casino. Al anochecer volvía a la casa, cenaba algo, siempre le parecía mal la cena, la verdad es que las cenas eran repetitivas, una especie de sopa de patatas y judías verdes, con unos pescados refritos y requemados.

Sus hermanos, el que menos le llevaba era doce años mayor que él, solo pensaban en independizarse y poco a poco se fueron marchando. Se quedó solo, solo por fuera, solo por dentro.

Aunque tenía pocos años, también soñaba y ansiaba marchar de casa. De él, decían que era muy independiente, pero no podía ser de otra forma. Estudió en el Instituto de su ciudad, sus compañeros de clase, nunca tuvo amigos, se mofaban de él, aunque nunca supo la razón. Cuando terminó los estudios de bachiller, a los 17 años marcha a estudiar medicina a otra ciudad. Sus padres apenas si se enteraron y sus hermanos pasaban de él. Aunque su padre le enviaba una exigua paga, con la cual no tenía para sobrevivir, se vio obligado a buscarse un trabajo, con el que pudiera pagarse un lugar digno donde dormir, una comida austera y tiempo para estudiar la carrera de medicina, que era el fin de todas sus metas.

Consiguió encontrar un trabajo en una clínica privada, hacía las veces de mozo de los recados, enfermero y por las noches solía quedarse como enfermero de guardia. Tenía una habitación para dormir, ganaba algo de dinero y sobre todo tenía tiempo para estudiar.

En la clínica trabajaban algunos médicos, que daban clase en la Facultad de Medicina, con los que procuraba ser muy amistoso. Los años fueron pasando, a la vez que estudiaba la carrera de medicina, se hizo practicante, con lo que se asegura la supervivencia. Ya no necesitaba que le mandase dinero su padre,

aunque el padre, de vez en cuando, supongo que por orden de la made, le giraba algunos dineros.

Apenas si iba por casa, al principio por las Navidades y poco a poco dejo de ir. Nadie le pidió que fuese, y la familia fue quedando en el olvido. El trabajo y los estudios le absorbían todo el tiempo, con alguna compañera tuvo algunas relaciones, que nunca pasaron a nada duradero.

Termino la carrera y siguió en la Clínica, esta vez de médico, hizo de todo, guardias, quirófano, radiología, laboratorio y se convirtió en el brazo y pierna derecha del Jefe, un Cirujano mayor y “pesetero”.

Con el tiempo se independizo, monto una consulta y como era un médico bastante conocido, le fue bien. Se compro un caserón, donde tenía la consulta y rodeado de todo tipo de cosas, libros, aparatos, sillones y sobre todo de soledad.

Tuvo una recepcionista joven y guapa y aunque tenía novio, comprendió que ella pretendía “liarlo en su madeja”. La despidió y contrato a un chico joven, estudiante de medicina, y todos los años cambiaba de ayudante, de esa forma no establecía lazos de amistad.

Sus padres fueron muriendo, los vio en su lecho de muerte y ni siquiera derramo una lágrima por ellos.

Para sus hermanos, todo ellos casado y con hijos, era el “tío rico”, del que pasaban “olímpicamente”.

Fueron pasando los años, vivía en una “mullida y solitaria” existencia. Cada día era igual al otro y había conseguido lograr un “nirvana” perfecto.

CAPITULO II

La señora María le llama.

-D. Juan, Vicente se ha despertado y le esta llamando.

-Bien, bien, ahora mismo voy.

Esta sentado en una pequeña habitación, le llaman pomposamente el recibidor. Hay cuatro butacas de mimbre, desvencijadas, una mesa pequeña baja y con un cristal que tapa una madera carcomida. Sobre el cristal un tapete de ganchillo, con hilos sueltos y una revista, un Blanco y Negro de no se sabe que año, con las hojas rotas y lleno de manchas de café. Un perchero y en el ha puesto la gabardina mojada. La señora Maria ha puesto un cubo debajo para que recoja el agua y no manche el suelo, lo cual es una ilusión óptica, porque ya esta perdido de agua y suciedad.

D. Juan se queda un rato sentado, piensa en lo que Vicente quiere decirle. Ha oído muchas historias de la vida de este hombre. Según le han contado, fue un aventurero que intervino en muchas guerras, pero ahora esta muriéndose en un hospicio, sin que nadie

se haya preocupado por el, tal vez tenga familia, pero nadie sabe dónde, ni quienes son.

Pasa a la habitación donde esta encamado Vicente, es una habitación pequeña, le recuerda a una celda monjil, con un camastro, un somier de alambres, un colchón de borra, una silla de madera, una pequeña mesilla, un ventanuco que da a un patio y un crucifijo sobre la cabecera de la litera.

Postrado en la litera esta Vicente. Un hombre de unos 50, que por su aspecto físico parece de mucho mas edad. Es alto, delgado, cetrino, demacrado, el poco pelo que aun conserva es negro, con canas entrecruzadas. Al pie de la cama le asoman, desnudos, los pies, son grandes y sin ningún tipo de anomalía, pero con las uñas largas y encorvadas, que denotan el tiempo que lleva sin cuidarlas. En su cara hay rictus de muerte, sus ojos hundidos, orlados por unas ojeras profundas y negras, sus pómulos salientes, la palidez de la cara, las orejas transparentes y los labios grandes y finos y demacrados. Solo conserva intacto el mentón prominente y su expresión decidida. La arteria carótida late a un ritmo desenfrenado.

Sobre la mesilla de noche tan solo hay un pañuelo blanco, manchado de sangre roja y reciente.

D. Juan se sienta en la silla, durante un rato se quedan los hombres observando el uno al otro. Al cabo de unos minutos D. Juan se decide hablar.

-Bien, Vicente aquí estoy dispuesto a escuchar todo lo que tengas que contarme. Tengo todo el tiempo del mundo, por lo que no tengas prisa, ni te apures.

-Gracias Doctor. Es usted la única persona que esta dispuesto a oírme, por lo que me siento capaz de contarle mi vida y mis últimos deseos.

Como ves, mi vida se apaga, pero no crea aun me queda cuerda para rato, soy duro y mi cuerpo aguanta hasta lo indecible.

En mitad del techo hay una bombilla encendida, da una pequeña luz y produce unas sombras, que alargan fantasmalmente la figura del enfermo.

-En estos últimos años, que he deambulado por el mundo, he perdido todos mis documentos, no puedo demostrar quien soy, ni que he hecho a lo largo de mi vida, pero le aseguro que no le voy a mentir y si usted indaga, podrá comprobar que es cierto todo cuanto le diga.

Tiene una ligera tos seca, con el pañuelo se lo aproxima a la boca y expele una saliva sanguinolenta.

Durante un rato, Vicente cierra los ojos, su pensamiento vuelve a su niñez, empieza a recordar todo aquello que el creía olvidado y que no deseaba recordar.

D. Juan lo mira atentamente y también él recuerda tiempos pasados, pero no demasiado lejanos. Cuando todo le iba bien, ganaba dinero en abundancia y era respetado. Tan solo han pasado 5 años y su vida cambió radicalmente.

Vicente abre los ojos y se decide a hablar. Con una voz cansina, monótona y apenas perceptible, le va diciendo.

-Mi nombre, como ya sabes es Vicente, mis apellidos no vienen al caso, quizás te los diga.

Nací en una pequeña ciudad costera. Mi madre una buena mujer, alta, guapa, de buen ver, caso en primeras nupcias con el patrón de un barco bacaladero, con el que tuvo tres hijos. Murió ahogado al naufragar su barco en las costas del Atlántico norte.

Se volvió a casar con el que fue mi padre. Era un hombre con muy buen porte, de buena familia, pero que nunca había “dado un palo al agua”, es decir, no había trabajado y se dedicaba a lucir su palmito. La viuda, mi madre, tenía algunas posesiones, el creía que era rica y ella pensó, ya que el no trabajaba, su familia tendría medios suficientes. Pero lo cierto es, que las pocas posesiones que ella tenía, un barco, un terreno y una casa, tuvo que ir vendiéndolas para sobrevivir. Mi padre siguió su vida de

figurín, de taberna en taberna, llegaron cinco hijos y finalmente lo colocaron de guardia municipal, lo que fue un problema para la ciudad, se creía el Sheriff de una película del oeste y creo que tuvo toda suerte de problemas. El trabajo le duro poco, pues murió a los pocos años, justo al poco de nacer yo, que soy el último de los 8 hermanos.

Mis hermanastros marcharon de casa y de la ciudad, quedamos los cinco en manos de mi abuela, aunque cada uno de ellos, a medida que podían se fueron marchando a distintas ciudades, solamente quedamos en la ciudad, mi madre, una hermana y yo, mis abuelos ya habían fallecido.

Te puedo asegurar que me crié libre de toda atadura, apenas si fui al colegio, y mi mayor pasatiempo era pelearme con los niños del barrio, al poco me consideraban como un peligro público y las gentes me huían, cosa que me llenaba de orgullo.

Había pasado una hora y Vicente se encontraba tan cansado que no podía continuar. Su habla se hacía cada vez mas difícil y apenas si se le oía. Se quedo profundamente dormido. D. Juan, después de un buen rato de estar sentado en aquella pequeña “celda”, decidió marcharse. Antes, le tomo el pulso y aunque iba acelerado y casi no se percibía, era rítmico y no parecía que fuera a pararse de un momento a otro. Le recetó unos medicamentos y encargó a señora María, para que se lo pusieran.

La señora María le da un vaso de leche caliente y unas galletas.
Mañana volverá y tal vez le seguirá contando su vida.

CAPITULO III

Por el camino de vuelta, ya ha anochecido, las campanas de la Iglesia de San Antonio tañían a muerto. Algunas gentes caminaban pesadamente por las estrechas calles. Seguía lloviendo mansa y cansadamente. A lo lejos se oía el ruido chirriante de un carro, una moto atronaba, y sobre la ciudad una niebla espesa caía como un manto gris. En algunas casas se veían las luces desdibujadas que asomaban por las ventanas. Las farolas estaban encendidas y su escasa luz se reflejaba sobre el suelo mojado y daba a las casas un aspecto lúgubre. Por fin llega a su casa. El portón esta cerrado, un sereno lo ve y se acerca

-Buenas noches D. Juan. Que, viene de atender a un enfermo.

-Si, amigo, a un moribundo, que en sus horas finales me ha querido contar su vida.

-Debe ser muy triste, pero cada uno tiene sus obligaciones.

El sereno es parco en palabras y admira a D. Juan, lo considera una buena persona, aunque un tanto extraño, ya que podría vivir como un "marqués" y sin embargo vive en este cuchitril, solo, sin amigos y sin familia.

Saca una pesada llave y le abre el portón.

-Hasta mañana D. Juan, que pase buena noche y no le molesten mas.

-Gracias amigo.

Sube las empinadas escaleras de madera, un tanto ajadas, su casa esta en el quinto piso, sin ascensor. Es un pequeño cuarto, una habitación con una pequeña cocina y un retrete. En realidad es una buhardilla, un antiguo desván, adaptado expresamente para que el pueda “subsistir”, y que un alma caritativa le ha dejado por muy poco dinero.

Se sienta sobre la cama, una litera del hierro. Debería acostarse e intentar dormir, pero desde hace años apenas si duerme y lo poco que duerme es por el día, dos o tres horas. Las noches se le hacen interminables, a veces lee, pero intenta dormir, dando vueltas y vueltas en la cama. Cuando amanece, aunque apenas si ha dormido, se siente reconfortado. En la pequeña cocina, con una bombona de “campingas”, se hace un café, con unas gotas de leche, sin azúcar y se lo toma acompañado de algunas galletas.

Esta noche, allí sentado, siente el peso de su propia vida, rota y tirada en la nada. Pero, como ha llegado a esto. Recuerda, como hace tan solo hace unos años, en su enorme casa, rodeado de todo tipo de lujos, sin apenas problemas, vivía indolente el devenir de

su propia vida. Su pensamiento le lleva hasta aquel 10 de septiembre.

Era un día como cualquier otro, habían dado las ocho de la tarde, el sol estaba declinando y le había dicho a su ayudante, Joaquín, que cerrara la puerta y marchara.

En el teatro Principal estaban poniendo una obra de teatro y tenía interés en asistir. Se estaba poniendo un traje nuevo, quería impresionar a sus compañeros y sin embargo no amigos, llamaría a un taxi y se dejaría ver. Cuando aporrearon la puerta, no hizo caso, pero siguieron llamando, pensó que sería Joaquín, seguramente se le habría olvidado algo.

A regañadientes abrió la puerta. Delante estaba una mujer joven, se le quedó mirando, sus ojos estaban vidriosos y sin darse cuenta se apoyó sobre el y poco a poco cayó en el suelo. En su espalda tenía clavado un abrecartas, por la herida manaba abundante sangre. D. Juan, instintivamente quiso sujetarla y sus manos se llenaron de sangre, se quedó petrificado, sin saber que hacer, la joven era conocida, una cliente habitual. La puso de lado y quiso hablar con ella, pero estaba inconsciente, tal vez muerta.

Después de unos segundos decidió llamar a la policía. Así lo hizo y mientras esta llegaba contempló a la joven, tendría unos 25 años, bien vestida y con un aspecto de una persona sana. Pero la recordaba con problemas psicológicos y bastante miedo a

enfermar. Sabía que estaba soltera, quizás tenía novio, pero si, en mas de una ocasión se le había insinuado, aunque el no le dio demasiado importancia.

Se fijo en la herida y se quedo asombrado al comprobar que el abrecartas era igual al suyo. Fue a comprobar si aún seguía en el escritorio y asombrosamente había desaparecido. La policía estaría ya próxima a llegar. Su mente alcanzó a comprender que la joven, herida de muerte en su casa, las manos manchadas de la sangre de ella y con su propio abrecartas, sería acusado de asesinato o en todo caso de muerte no intencionada o tal vez un crimen pasional.

Sabía perfectamente que aquello supondría su descrédito y adiós a su buena vida, a su carrera y todo su espléndido futuro. Quito el abrecartas de la espalda de la joven, y lo escondió en la cisterna. No se quiso lavar las manos, pues su camisa estaba manchada. Contaría la verdad y seguramente la policía lo creería, no había ninguna razón para no creerlo. Y se dispuso a esperar a que llegase la policía.

Por las escaleras se oyeron unos pasos precipitados y a unos hombres hablando entre ellos. Llamaron a la puerta y encontraron tendida en el suelo el cuerpo de una joven y a D. Juan, el médico que ellos ya conocen.

El Inspector Jefe, D. Graciano se agachó hasta la joven, esta aun le quedaba un halito de vida, se acercó a su boca y le preguntó quien había sido, ella en susurro apenas perceptible dijo: “ha sido el...”. Y dejó de hablar para toda la eternidad.

Graciano se acercó al ayudante y sin que pudiera oírlo D. Juan, le dijo:

-La chica me ha dicho que “ha sido el” y supongo que se refiere al médico. Antes de hacer nada, registra la casa, es posible que este la daga escondida.

- D. Juan, la joven aun vivía, usted nos dijo que ya había fallecido. Compruebe si ahora esta realmente muerta.

-Inspector, francamente creí que había fallecido, y si, ahora lo puedo asegurar.

-Mire D. Juan, como todo esto parece un tanto extraño, le he dicho al ayudante que haga un registro por la casa. Puede que haya algo o alguien escondido.

-Inspector, no se si esto es legal, yo creo que debería llamar a un juez y levantar el cadáver. Yo le aseguro que no hay nada, ni nadie en casa.

-Bien, quizás tenga usted razón. Ahora mismo llamo al juez, mientras le ruego que no se mueva de la casa y con su permiso quedaremos también nosotros.

Juan asintió, y se sentó en su butaca. No podía comprender todo lo que había pasado. Allí estaba, sentado en su casa, con el cadáver de una joven, apuñalada con su abrecartas y dos policías que lo miraba con cara de culpable.

Al cabo de una hora llegó el juez, su cara era un poema de disgusto, también él se estaba preparando para ir al teatro. Tomó nota de todas las circunstancias y el cadáver fue llevado al cementerio de la localidad, donde existía un cuarto en el que se hacían las autopsias.

El juez firmó un documento, que allí mismo redactó, para que la policía pudiese efectuar un registro en el domicilio del médico.

Durante dos horas, el Inspector Jefe y sus Ayudantes se dedicaron a buscar por todos los rincones de la casa y como expertos que son, dieron con el abrecartas.

D. Juan negó que el abrecartas podía ser suyo. Ante esta situación, se vio obligado a ir a la comisaría.

Hizo una declaración, que firmó, alegando todo lo que había pasado. La policía hizo un acta con todo lo sucedido, incluyendo el descubrimiento del probable arma del crimen, en el lugar en que se encontró y que el Doctor no había negado que fuese suyo.

Con todos estos datos el Juez se vio obligado a prescribir que D. Juan ingresara en prisión hasta que se celebrara un juicio preliminar, que sería en el transcurso de 5 días.

Juan sigue sentado en su litera, han pasado tres años y recuerda todo lo sucedido aquella maldita tarde, tal como si fuera ahora mismo.

Se ve sentado en aquella comisaría, donde unos hombres lo miran con cara de asombro, nadie puede comprender como este señor, con tanta categoría, tanto dinero y prestigio se haya metido en estos “berenjenales”, aunque no parece que haya duda que sea culpable, probablemente sea como consecuencias de un acto pasional o probablemente lo estuviera presionando, exigiéndole dinero o “sabe Dios que”.

Se tumba en su litera y poco a poco queda dormido, aunque sigue “ensoñando” todo lo que le paso.

Cuando se despierta, son las 2 de la tarde y decide ir a comer. En una tasca, próxima a donde vive, le ponen el plato del día, unas judías blanca con chorizo, mal condimentadas, duras y el chorizo brilla por su ausencia, eso si, el color rojizo del pimentón es lo mas dominante. De segundo plato unas sardinas fritas, frías y con las espinas rojas del largo tiempo que fueron pescadas. De postre, un naranja arrugada y agriada.

Después de esa opípara comida se encamina al hospicio, es posible que Vicente siga aun con vida.